

La tarde estaba tranquila en el barrio de Rosales del Canal. Yo había ido a la **Biblioteca Andresa Casamayor** a devolver un libro, pero me quedé un rato más porque el lugar estaba en silencio y me encantaba ese ambiente. Cuando el reloj marcó la hora de cierre, las luces empezaron a apagarse poco a poco. De pronto escuché un ruido extraño: como un susurro que venía de los libros. — No tengas miedo —dijo una voz grave—. Soy el **Guardián de la Biblioteca**.

Me giré y vi una figura luminosa, hecha de letras que flotaban en el aire.

—¿Quién eres? —pregunté temblando. —Soy el espíritu que protege este lugar. Cada libro tiene vida propia y yo me aseguro de que sus historias nunca se pierdan. Muy pocos niños pueden verme —continuó el guardián—. Solo los que aman los libros de verdad.

No sabía qué decir. Estaba maravillada. Me acerqué a un tomo enorme que se había abierto ante mí y vi que en sus páginas aparecía mi propio nombre.

—¿También hay un libro con mi historia? —pregunté sorprendida.

—Todos tenemos uno —respondió sonriendo—. Tu historia todavía se está escribiendo.

En ese instante, las luces volvieron a encenderse y escuché la llave del bibliotecario en la puerta. El guardián desapareció y salí corriendo con el corazón a mil. Pero al llegar a casa descubrí que en mi mochila había un libro que yo no recordaba haber guardado. En la portada, con letras doradas, ponía: **“El próximo secreto del Guardián”**